

De cuando los jesuitas habitaron California

Rosa Elba Rodríguez Tomp

La fundación de la California Jesuítica. Siete cartas de Juan María de Salvatierra, S. J. (1697-1699), edición, introducción y notas de Ignacio del Río, estudio biográfico de Juan María de Salvatierra por Luis González Rodríguez, La Paz, UABCS-FONATUR, 1977.

Sobre las distintas representaciones de la realidad inmersas en un relato.

Cuando un escritor elabora un relato, más si es sobre acontecimientos en los que él mismo tuvo un papel protagónico, lógicamente privilegia y subraya aquellos que le interesan particularmente para dar a su narración el tono que conviene, según el o los destinatarios de su esfuerzo. El acto de plasmar en el papel la experiencia propia implica que el autor hará invariablemente una transformación de la realidad para convertirla en algo inteligible y con un sentido específico, que estará siempre en función de su muy particular percepción de los sucesos que le tocó vivir. Pero también el lector tiene en sus manos, al acceder a un texto en particular, la posibilidad de hacer diversas lecturas del mismo, que a su vez dependerán de sus propios antecedentes, intereses y orien-

tación. Cada individuo que se acerca por primera vez al discurso de otro, sostiene un diálogo inédito en el que las preguntas y respuestas van mucho más allá de los límites marcados por el territorio de lo escrito. De tal manera que, cuando gracias a la magia de la palabra escrita es posible ese diálogo entre el universo de un hombre que vivió en los albores del siglo XVIII y uno de nuestros contemporáneos, siempre se obtendrá un producto nuevo y fascinante.

Del rico contenido de la obra a la que hago referencia y de los infinitos espacios que abre a la imaginación he decidido comentar uno de los aspectos que me parecen más ilustrativos de la multiplicidad de interpretaciones que podemos desprender de su lectura; me refiero a las que tienen su origen en el relato de la relación intercultural que involucra al grupo de Juan María de Salvatierra y a los naturales de la península de California, más concretamente, a los habitantes de la región donde se asentó el real y misión de Loreto. Los acontecimientos que el jesuita refiere en sus cartas adquieren el valor de testimonios de las primeras azarosas tareas emprendidas por los misioneros para lograr la conversión de los indios. El padre Salvatierra estaba profun-

damente convencido de que su labor evangelizadora era no sólo legítima, sino impostergable. Es por ello explicable el énfasis que hace en cada una de sus misivas sobre su fe en que la voluntad divina se expresaba a lo largo de su camino quitando escollos y solucionando problemas. La fundación de Loreto, a sus ojos, adquiere la dimensión de la primera batalla en una guerra santa que se libraba nada menos que contra el demonio; y los naturales, objetivo de sus cuidados, son tratados en el discurso como almas descarriadas a las que había que guiar por el camino que llevaba a Dios.

En las cartas de Salvatierra podemos captar los esfuerzos realizados, no por entender lo que significan cada una de las acciones de los grupos de aborígenes que van apareciendo en su relato, sino por hacerlos entender y aceptar su verdad. Por las cartas mismas nos enteramos de que uno de los instrumentos en los cuales confía para lograr esa necesaria comunicación es un vocabulario de la lengua local elaborado por el padre Juan Bautista Copart durante su estancia en San Bruno, la efímera colonia fundada catorce años antes por el almirante Isidro de Atondo y Antillón. El religioso no pone en tela de duda, ni por un mo-

mento, que todos los indios que se acercan a él van a comprender el mensaje tan importante que viene a traerles. Los papeles del padre Copart son, según su juicio, como un talismán, un pasaporte mágico al mundo de los californios. Gracias a ese texto, se congratula el padre Juan María en una de sus misivas, se hizo posible que el día en que la virgen llegó a su nueva casa en la California, los indios rezaran, dirigidos por él, el ave maría en su propio idioma. Ese acontecimiento, que puede parecernos increíble, es una realidad, o más apropiadamente, es una interpretación de la realidad elaborada por el misionero.

Juan María de Salvatierra se consideró desde su llegada a California el responsable directo de la salvación de sus antiguos habitantes. Su experiencia en la Tarahumara le había enseñado ya que no era una labor sencilla, por lo que, para que la adversidad no lo tomara desprevenido, una de sus preocupaciones fue la de establecer diferencias entre las distintas respuestas de los naturales a su acción evangelizadora. De una idea parecida pudo haber surgido la división que él hace entre los aborígenes que responden a sus estímulos en forma satisfactoria y los que ejecutan acciones que él juzga como malévolas. Los primeros, dictamina, han sido iluminados por la voluntad de la virgen, a quien tiene por patrona de su obra; para los segundos, aquellos que pretenden robar las subsistencias y se resisten a adoptar los cambios que ha llegado a imponer, la explicación más lógica es que han sido tentados por el demonio —el eterno enemigo presente en todas las prácticas de los indígenas contrarias a la voluntad del grupo extranjero— que busca la manera de estorbar su tarea trascendental.

En su reseña de las primeras impresiones sobre los indios, Salvatierra

no puede ocultar la gran satisfacción que le produce el hecho de que, a su llegada, los indios, en señal de bienvenida, se arrodillan para besar el santo cristo y el relicario de la virgen. Pero, más adelante, expresa su desasosiego por lo que él interpreta como inconstancia y volubilidad de sus nuevos educandos, que constantemente dan señales de querer atacar el real —como en efecto lo hicieron menos de un mes después de su llegada— con el ánimo de apoderarse de los alimentos almacenados. La actitud y juicios de Salvatierra pueden ser comprendidos a la luz de la época y la sociedad en que vivió. La representación que él construye de los indios californios está condicionada, entre muchas otras cosas, por su condición de clérigo, su posición social, sus estudios y, en fin, todos los acontecimientos que contribuyeron a su formación. Los naturales de Loreto y sus alrededores, por su parte, procedían de distintas comunidades de cazadores-recolectores que compartían una serie de costumbres ancestrales. La relación que mantenían entre sí y con su entorno estaba determinada por años de conocimientos y experiencia adquiridos, y determinaba a su vez el comportamiento de individuos y colectivos para con los extranjeros. Los californios habían construido ya, probablemente, una imagen del grupo forastero. No podemos dejar de pensar que habían estado en contacto, al menos algunos de ellos, con la expedición colonizadora que, al mando del almirante Isidro de Atondo y Antillón, permaneció por espacio de dos años en la región; razón por la cual nos es dable imaginar que sabían, por ejemplo, que causaba un buen efecto entre los extranjeros el que, como señal de paz, se arrodillaran y besaran algunas imágenes que éstos traían consigo. Sabían también, por haber ayuda-

do a trasladarlos, que los extraños visitantes almacenaban grandes cantidades de alimentos que solían repartirles —demasiado lentamente para su gusto— a cambio de repetir algunas frases que, aunque parecían dichas en su lengua, les resultaban incomprensibles. Sabían también, seguramente, que los extranjeros manejaban unos extraños instrumentos que producían un ruido ensordecedor y causaban daño y muerte de manera inexplicable. Todos los actos, todas las reacciones para con los españoles estarían, a partir del encuentro, determinados por la representación que los naturales habían ido construyendo acerca de ellos.

El relato de un encuentro entre grupos humanos con tradiciones culturales tan diferentes como éstos que nos ocupan es siempre el de dos formas de representar la realidad, enfrentadas por circunstancias específicas que le dan a cada individuo su razón de ser y actuar. En una relación asimétrica como la que comenzó con el establecimiento de la primera misión californiana, la representación del grupo dominante tiende a acaparar el lugar preponderante; sin embargo, en un relato como el del padre Salvatierra podemos también, si hacemos una lectura adecuada, vislumbrar las otras versiones de la realidad, que no serán de ninguna manera homogéneas, como no lo es la de los misioneros y sus acompañantes. Es por ello que, si somos cuidadosos, podemos captar en un solo discurso varias interpretaciones del acontecimiento que éste narra, de ahí que podamos afirmar que en toda narración existen diferentes realidades, todas ellas convergentes. Al mismo tiempo que Salvatierra discurre sobre sus objetivos y los obstáculos que tiene que vencer para llegar a cumplirlos, también expresa, en forma marginal, la visión de aquéllos a

quienes van dirigidos sus esfuerzos.

Entre los muchos motivos que hacen del texto de Salvatierra una obra interesante y de indudable valor para todos aquellos que quieran recuperar las diversas voces del pasado que nos hablan a través suyo, uno, muy importante, merece ser

destacado: es el mérito que aporta el cuidadoso trabajo de transcripción y las sugerentes anotaciones de Ignacio del Río. Su preocupación por hacer una edición apropiada y confiable ha rendido muy buenos frutos, ya que ha logrado que sin perder un ápice de fidelidad al origi-

nal, el texto sea claro y comprensible para todo tipo de lector. Son sin duda trabajos como éste del doctor Del Río los que contribuyen de manera importante a la recuperación de las obras que nos sirven a todos los interesados en la tarea sin fin de pensar y repensar la historia.

Minería de cargo y data

Eduardo Flores Clair

Bernd Hausberger, *La Nueva España y sus metales preciosos. La industria minera colonial a través de los libros de cargo y data de la Real Hacienda, 1761-1767*, Frankfort, Vervuert Verlag, 1977, 323 pp.

Lo primero que llama la atención de este libro es su abundante compilación estadística, la cual abarca más de la mitad de las páginas del mismo, sin contar los 20 cuadros y 19 gráficas que ilustran los diversos procesos económicos que se examinan a lo largo del texto. Mas allá de la importante interpretación y de los puntos polémicos que puedan resultar, el simple esfuerzo de reunir este cúmulo de datos, desde nuestro punto de vista, ya le tendría bien ganado un espacio de publicación. Sin embargo, con el pretexto de que sólo eran números y cuadros, fue rechazado por el primer editor —mexicano—, quien no reconoció su riqueza y el aporte significativo que contenían las estadísticas.

Por esta razón, el autor tuvo que hacer un sinnúmero de gestiones y peticiones ante distintos patrocinadores con el fin de reunir los fondos suficientes para publicarlo en Alemania. Debido a ello, el libro sufrió

un retraso considerable; por otro lado, los lectores mexicanos, que son su principal público, se enfrentan hoy en día a muchas dificultades para conseguir el texto.

El libro no sólo es significativo por su compilación estadística sino porque, a través de una fuente inédita, Bernd Hausberger propone una nueva interpretación de la situación económica de Nueva España a finales de la época colonial. Por medio de los libros de cargo y data de las cajas de la Real Hacienda de Nueva España, localizados en el Archivo General de Indias de Sevilla, España, investiga el comportamiento de las principales variables en la producción de metales preciosos. Según el autor, su objetivo fue “demostrar el potencial informativo guardado por los libros de cargo y data, una fuente hasta el momento no aprovechada”.

Antes de adelantar cualquier tipo de apreciación, Hausberger realiza una minuciosa crítica de la fuente. Nos describe el estado que guarda su organización, detalla cada una de los rubros con el fin de familiarizar al lector con la información que de ella se puede obtener y advierte sobre los principales peligros a que se enfrentó a raíz de su intento por

homogeneizarla. Entre los principales escollos que tuvo que afrontar, podemos destacar las diferencias regionales, las ausencias y lagunas, la identificación de nombres y lugares, e incluso la inexactitud de los cálculos aritméticos de la época. Por todo lo anterior, es evidente que la recopilación de información representaba un trabajo muy exhaustivo y requería una larga temporada para sistematizar los datos; por esta razón, el autor restringió el análisis al periodo comprendido entre 1761 y 1767 pues, como él mismo dice, “mis energías se agotaban ante la creciente masa de números”.

A la luz de estos nuevos datos, el estudio de Hausberger abre de nueva cuenta el debate historiográfico sobre la producción de los metales preciosos en Nueva España. Desde hace algunos años, los historiadores económicos se han empeñado en explicar el crecimiento de la minería de finales del siglo XVIII teniendo en cuenta las fuentes disponibles, como son las estadísticas de amonedación, las recaudaciones fiscales y la importación de azogue. Sin embargo, a partir de estos datos no es posible obtener una serie íntegra sobre la producción de los metales preciosos por carecer de un registro